

la cabeza, y desde entonces, abur todas las ilusiones!... Yo no sé cuidar á los locos: vete á un manicomio.

Clemencia al hablar así, estaba apoyada en la chimenea, y contrastando con el color rojo de la bata, se veía lucir, brillante como el marfil, el tono ambarado de su piel. La cabeza pequeña, de pelo rizado, sostenida por el cuello un poco largo, tenía una gracia exquisita, y por el escote de su traje aparecía el pecho voluptuoso, engastado como una alhaja entre riquísimo encaje, lleno de orgullo en su firmeza.

Pedro se aproximó lentamente, y sentándose en un taburete, casi á los pies de la jóven:

—Perdóname—la dijo:—sufro tanto porque te amo, y estoy celoso.

Ella le miró duramente y exclamó con voz áspera:

—Tanto peor, porque no estoy dispuesta á soportar más tus suposiciones y tus brutalidades. Hace bastantes semanas que ahogo mi cólera para no decírtelo. Pero ya basta. ¡Todo ha concluido; todo ha concluido! Puedes ahorrarte la molestia de volver.

El pintor palideció un poco.

—¿Me despides?

—Sí, te despido.

Permaneció un momento silencioso, como si dudara en expresar hasta el fin su pensamiento.

Después, muy bajo, temeroso de recibir la respuesta que preveía, la dijo al oído:

—¿Es que amas á otro?

—¿Qué puede importarte eso? Ya no te quiero, eso es lo interesante para ti...

El rubor subió al rostro del joven, y sus manos temblaron; se mordió el bigote y afectando una sonrisa indiferente, preguntó:

—¿Soy, al menos, bien reemplazado? ¡Por que tengo mi amor propio!...

—Tranquilízate,—respondió Clemencia con acritud.—No pierdo en el cambio. Es jóven... rico... hermoso... Hace tiempo que le quiero... Por lo demás, ya le conoces, es uno de tus amigos...

Y al ver que el pintor, estupefacto por tanta audacia, dudaba si aquello era realidad ó ensueño, prosiguió la jóven, recalcando cada palabra con atroz crueldad como si fuera mortífero veneno:

—¿Davidoff?—exclamó Pedro.

—Acabas de separarte de él... Ha comido esta noche en tu compañía... ¡Imbécil! ¿Me crees tan necia que iba á dar mi amor á ese ruso cínico, que desprecia las mujeres y las conduciría como un enunco? ¡No! Á quien yo amo es un hombre guapo, dulce, melancólico un poco enfermo, pero que cree en el amor, y sacrificaría su vida por él.

Al oír estas palabras, Pedro dió un salto; cogió á la comedianta por los puños y la hizo

retroceder hasta la pared, á pesar de la resistencia que oponía. Sus dos rostros se aproximaron, encontrándose confundidas sus miradas un instante. Permanecieron así algunos segundos, respirando mutuamente el odio y la cólera. Por fin, dijo el pintor con voz trémula:

—¿Es Santiago de Vignes de quién acabas de hablar?

—Sí, él es.

—¿Sabes tú que está gravemente enfermo del pecho?

—Me gusta así... Yo le cuidaré... El amor puro me ha atraído siempre...

—¿Has inventado esa istoria para torturarme?... ¡Confíesalo!... ¡Dí que no hay una palabra de verdad en todo ello!...

—Eso es lo que tu quisieras...

—¡Clemencia repara!...

Los ojos de la jóven brillaron ferozmente, se dirigió hácia la campanilla, pero con tanta precipitación, que sus pies se enredaron en la cola del vestido. Pedro tuvo tempo de cogerla por el brazo.

—Me amenazas, y en mi misma casa—exclamó ella.—Pues bien, me entregaré á Santiago... ¡Sí, me entregaré, nada más que por causa tuya!

El pintor, con un gesto de disgusto, le empujó

tan violentamente, que fué á caer sobre el divan. Tomó su sombrero y exclamó con voz ahogada:

—¡Infame criatura! ¡Quisiera mejor morir ahora, que volver á tus brazos! ¡Adiós? ¡Continúa tu mísera existencia! ¡Poco me importa! ¡No volveré á verte jamás!

Abrió la puerta de un puñetazo, como si quisiera usar contra los cosas, la cólera que no había podido saciar contra las seres, y con paso rápido salió por el jardín. Oyó detrás de él tocar la campanilla eléctrica bajo la presión de una mano irritada, los pasos del criado cruzando rápidamente el vestíbulo, la voz rabiosa de Clemencia dictando órdenes, pero no se detuvo á escuchar. Era presa de tal exasperación, que sentía náuseas de muerte. Había podido librarse á la tentación de abofetear á Clemencia. Y al aire libre, bajo el cielo cuajado de estrellas, en medio de la noche serena y tranquila refrescada por la brisa del mar que llegaba á través de los naranjos en flor, comenzó a experimentar un sentimiento de vergüenza. ¡Era posible, que durante un año hubiese cometido por aquella mujer tantas locuras como entonces acudían, miserables, á su memoria; que hubiese sufrido las humillaciones cuya amargura sentía ahora más vivamente? Despues de derrochar todo lo que poseía por sostener el lujo de Clemencia, adquirió deudas con sus

amigos. Su talento, enervado por una vida de placer absurdo, permanecía incapaz para producir, y pasaba los días enteros en su estudio soñando cuadros que no tenía valor para empezar. ¡Horas mortales transcurridas en la duda y la inquietud, preguntándose si la facultad creadora habría muerto en él, y si podría alguna vez comenzar virilmente sus trabajos! ¡Y todo por una mujer perdida que le engañaba! Verdaderamente era sobrado necio, y ella tenía razón en despreciarle; aquella despedida operaba un cambio súbito en su manera de ser.

Sentíase en aquel instante dueño otra vez de su genio. Libre de la gula que había secado su cerebro al mismo tiempo que ella torturaba su corazón, volvería al trabajo para probar con sus obras que el artista no había concluido como empezaba á susurrarse.

—¡Sí, sí! Clemencia podrá apreciar lo que yo valgo, ahora que estoy libre de ella. ¡Antes de un mes, me sentirá, si no por amor, al menos por vanidad!

Marchaba, bullendo estos pensamientos en su cabeza, por el camino de Ventimille, costeano el mar. Había recorrido, sin darse cuenta, mucho terreno. Las luces de Mónaco se perdían en medio de la oscuridad, y estaba solo en la parte baja de una escarpada roca. Á sus pies

se extendía la playa sobre cuyas peñas iban á estrellarse las olas con ruido monótono. Algunas nubes, impelidas por el viento, ocultaban á veces la luna contribuyendo á hacer más triste y sombría aquella noche. Pedro se sentó sobre un montón de grava, junto á la cuneta del camino; y en la calma profunda que le rodeaba, comenzó á pensar sobre los acontecimientos ocurridos.

Volvió á recobrar su sangre fría; disminuía poco á poco la cólera, y se daba cuenta exacta de su posición. Aquellas resoluciones excelentes tomadas para el porvenir, ¿tendría fuerza para ejecutarlas? La duda le atormentó. Diez veces ya había jurado separarse de la mujer que trastornaba su vida, y siempre recayó, cada vez más débil, y por lo tanto más maltratado, pero soportándolo todo por obtener una caricia. Extraña locura, que reduciéndole á la esclavitud del amor le dejaba bastante lucidez para juzgar á la que le subyugaba, y no bastante valor para sustraerse á su dominación malsana!

Santiago pensó: ¿Después de haber declarado tan rotunda y furiosamente que no volveré más á su casa, tendré la suficiente debilidad para presentarme allí de nuevo? En voz alta, en el silencio nocturno, respondió: ¡No! Pero como desafiándole, se le apareció en seguida la linda cabeza morena de Clemencia.

con sus ojos brillantes y fascinadores. Vió claramente que le sonreía con aire de reto, y á sus labios asomaron aquellas palabras que tantas veces oyó pronunciar:

—¡Tú abandonarme! ¡Acaso tienes fuerza para ello! Volverás, no lo dudes; volverás como el perro, al que se le pega y siempre permanece fiel. ¿Sabrías vivir sin mí? ¿No te soy indispensable? ¿No soy yo quien te ha dado la sensación del amor? Estoy en tu carne en tu sangre, en tus nervios. Ninguna mujer puede reemplazarme para ti. Sin mí, el mundo queda vacío y no encontrarás más que disgustos, tristeza, fastidio. ¡Vuelve pues! ¡No demuestres esa fiereza inútil! Te he despedido esta tarde, pero te aguardo mañana. Esas son querellas de amantes que se pegan, y después se abrazan, más apasionados si cabe, más inflamados por su resistencia, como los tigres que se desgarran acariciándose, mezclando el dolor á la voluntad.

Quizá si volvieses en este momento me encontrarías calmada, sola, esperándote llena de amor. ¿Qué te detiene? ¿Una falsa vergüenza? ¿Qué significa el esfuerzo necesario para vencer ese escrúpulo de orgullo, comparado con las delicias que yo te guardo y que tú ya conoces?...

La imágen evocada por su imaginación calen-

turienta, le sonreía, y con su brazo blanquísimo le hizo una seña para que se acercase. Él la vió distintamente en la claridad de su cuarto y ahogado por la palpitación, arrojando un suspiro se levantó para abrazarla...

Una ráfaga de viento fresco, acariciándole la frente, le sacó de su abstracción; y se encontró al pie de la colina, ante el mar, lejos de la ciudad, mientras desaparecía en el cielo transparente la imágen de la mujer querida. Rugió al sentirse dominado todavía por ella de aquel modo. Si hubiese estado cerca del hotel, en vez de hallarse en el campo, habría caído á sus pies sin tener tiempo de reflexionar y rehacerse. Un delirio furioso se apoderó de él. Decía verdad la aparición que momentos antes le desafiaba á que rompiese su cadena. ¿Qué haría, pues, para no recaer bajo el influjo de su fatal querida? ¿Sería suficiente la distancia para separarle de ella? ¿Podría responder de que una tarde, en un acceso de locura, no partiese para volver á abrazarla? En plena lucidez y posesión de sí mismo no osaba interrogarse ante al temor de verse obligado á confesar que nada podría detenerle.

Tuvo un instante de desesperación y decaimiento profundo.

Comprendía, á pesar de todo, la indignidad de su vida, la bajeza de su conducta y la igno-

minia de su cariño. Sabía que Clemencia lo engañaba, y no tenía el amor propio y la energía suficiente para dejar de verla. ¡Qué dolores, cuánta tristeza le aguardaban en aquella vida que se iba haciendo más miserable á medida que se mostraba más débil! Y cómo terminaría? Seguramente por una muerte inútil realizada en furioso acceso de celos; por un suicidio absurdo, degradante, que aparecería en las columnas de los periódicos, afligiendo á los últimos amigos que le hubiesen permanecido fieles. ¿No valía más concluir cuanto antes, enfrente de aquel mar apacible, bajo aquel cielo inmenso, cuando todavía era digno de hacer derramar lágrimas sinceras?

Continuó soñando á la tranquila claridad de la luna, entre las hierbas aromáticas del monte, y poco á poco su pensamiento se fué desviando de aquella mujer malvada.

Una casa alegre, tranquila, oculta entre los árboles, habitada por una noble familia estrechamente unida, se evocó repentinamente. En ella vivía Santiago de Vignes con su madre y su hermana. Todo les hubiera sonreído si la enfermedad no se presentase amenazadora, activa, sobre aquel hermoso muchacho que tan ardentemente se asía á la vida. ¿Qué les faltaba para ser felices? Salud para al hijo y el hermano amado con pasión, salud solamente.

Pero por ironía del destino, Santiago se hallaba cada día más triste, más débil, como para aproximarse á la tierra, en la cual debía desaparecer pronto. Y se desesperaba, mientras que él hubiera dado fácilmente su vida, tan poco apreciada en aquellos momentos llenos de tristeza en que se sentía agobiado por los disgustos. Si hubiese podido hacer un pacto con su amigo y cederle su exceso de fuerza ¿no era esto devolver la salud al afligido y triste jóven á quien amaba tiernamente?

Acudió entonces á su memoria el relato del doctor Davidoff, y un amarga sonrisa crispó sus labios. Si la resurrección misteriosa era fácil, si el sortilegio podía obrar realmente, y si le fuese posible hacer pasar su alma, en él miserable y torturada, al lánguido cuerpo del ser querido al que abandonaría por completo la energía de vivir, ¿no realizaría un milagro benéfico?

Una melancolía repentina le hizo inclinar la cabeza hácia la terra. Pensaba: « Ella me ha dicho que le ama. Si yo me convierto en él mismo, seré amado por ella. Gozaré deliciosamente de su belleza y de su gracia. Para mí serán todas sus sonrisas y todo sus besos ». Sintió un calofrío. ¡Desde hacía mucho tiempo se había ausentado la ternura de aquélla á quien adoraba todavía, lo veía bien claro ahora,

sin ilusión, sin subterfugio, y no podía decidirse á abandonarla!

En la obscuridad de la noche, solitario en medio de las rocas, frente á frente de la inmensidad del cielo y del mar, tendió los resortes de su voluntad para una invocación suprema: Llamó á todas las potencias invisibles. Si existen, dijo mentalmente; si, como se afirma, alrededor de nosotros, en el aire é impalpables como él, pasan seres misteriosos, que se revelen á mí por signos que yo pueda comprender y estoy pronto á obedecerles. Me entrego á ellos por el sacrificio de mí mismo. Criatura de carne, entro en la inmaterialidad y desaparezco, lleno de alegría, para no ser más yo, y por consiguiente, para no sufrir, gemir, ni llorar. Que ellos me hablen la voz de la brisa ó el murmullo de las olas, que lleguen á mí por el ruido de las plantas, y para ir hasta ellos, yo franquearé las puertas de la muerte.

Apenas hubo concluido esta encantación, cuando se estremeció espantado de su soledad. Miró perezosamente en derredor suyo. La costa estaba desierta, el mar vacío y el bello cielo sin límites. De repente, entre dos nubes, brilló la luna y en el espacio iluminado le pareció á Pedro que pasaban blancos espectros. Bajó los ojos hácia la inmensa superficie del mar que

se extendía ante él y aparecieron fuegos fátuos entre las rocas. Iban, venían, saltando, ligeros, brillantes, desvaneciéndose para reaparecer, como almas de naufragos, rondando sin cesar alrededor de las rompientes olas sobre las cuales habían perecido los cuerpos que nellas habitaron.

Fascinado Pedro, no podía apartar sus miradas de los fantasmas vaporosos, fulgores vagabundos, y se apoderó de él una especie de embotamiento de sus facultades. Algunos murmullos llenaron sus oídos, y, confusos al principio, fueron aclarándose para cantar: «Ven con nosotros allá donde non existe el sufrimiento. Muere para revivir encarnado en la criatura que tú escojas. ¡Ven con nosotros!»

Pedro hizo un esfuerzo para librarse de aquella alucinación, sin poder resistir más. Se sentía abatido, incapaz de hacer un movimiento, como si estuviese en estado de catalepsia. Sus ojos se perdían en la inmensidad del mar y del cielo, y en sus oídos vibraban palabras sobrenaturales. Pensó: La revelación que yo pedía ha sido hecha. Los espíritus se han manifestado, creo en ellos, les obedeceré, pero que cesen de asediarme.

Como si hubiese pronunciado una fórmula mágica, desapareció la visión, cesaron los cantos. Se levantó y al marchar por la playa

desierta pudo creer que había soñado. Pero no lo creyó. Con pasión se aferraba al misterio, cuya revelación acababa de serle hecho. Quiso que fuese verdadero, veía en ello el fin delicioso de todos sus males.

En lo alto de la ladera por donde caminaba, se detuvo. Tomó su cartera y sobre una tarjeta escribió estas palabras:

« Mi querido Santiago: Soy inútil á mis semejantes; perjudicial á mí mismo: Quiero que » esto cambie. Voy á renovar la experiencia » que nos ha contado Davidoff. Tú eres aquel » á quien yo más quiero en el mundo. Te regalo mi alma. Vive feliz por mí y para mí ».

Firmó, y tomando su sombrero, puso la tarjeta en uno de los bolsillos de la cartera. Se quitó tranquilamente el abrigo, lo dejó al borde del camino con el sombrero, y después, poco á poco, descendió hácia el mar. La costa en aquel sitio, se replegaba formando una pequeña bahía en el fondo de la cual morían las olas con débil murmullo. Un sendero abierto sobre el flanco de la colina, conducía á un pueblecillo de pescadores. Bien pronto llamó la atención de Pedro una lancha que avanzaba lentamente, empujada por suave brisa que inflaba su vela muy baja. Parecía venir sola pero cuando se aproximó á la ribera, se mostraron los marineros en la popa y en la proa. Al mismo

tiempo salieron algunos hombres escondidos detrás de las rocas, y entraron en el agua, dirigiéndose hácia la embarcación. Los fardos y los toneles se amontonaban en la popa.

El pintor, interesado, á pesar del abatimiento de su espíritu, adivinó á los contrabandistas, cuya arribada probable le había advertido el carabinero. Instintivamente buscó á éste en las malezas que lo ocultaban. Había abandonado su puesto, sin duda, porque no se le veía en toda la colina. Los hombres de las rocas llegaron hasta la embarcación, y empezó á establecerse un cordón de gente transportando las mercaderías á tierra. Ya habían dejado algunas sobre la playa, cuando un silbido, que partió de la altura, interrumpió la operación. Los hombres corrieron por la arena y los marineros arriaron de nuevo la vela internándose mar adentro. En aquel momento se oyó un tiro, turbando el silencio, y apareció una llama roja que iluminó las rocas. Era el carabinero que anunciaba su presencia. En otro punto muy próximo se oyó una detonación, y algunas sombras se precipitaron por el costado de la colina.

Los hombres subían el sendero con sus fardos, mientras los contrabandistas dirigían el barco más adentro. Durante la maniobra cayó un marinero al agua. Se oyeron algunas lla-

madras. Eran los carabineros que se reunían. La barca siguió internándose en los mares, y el nadador que dejó tras de sí, gritaba con toda su fuerza. Sus movimientos iban haciéndose más desordenados y su voz debilitándose. Pedro se sintió conmovido por los acentos desgarradores de aquella criatura. Un momento antes, no pensaba más que en morir, ahora quería salvar. Se lanzó hacia la ribera, saltando de roca en roca, pasaron silbando por su lado algunas balas, llegó á la orilla, y precipitándose en el mar, nadó vigorosamente hacia el hombre que se ahogaba.

À algunos centenares de metros la barca se detuvo. Los contrabandistas habían desaparecido entre los matorrales de la colina, y sobre el mar brillante como un espejo, vertía la luna su fría y serena luz.

II.

À orillas del mar, sobre el delicioso camino que conduce de Mónaco á Niza, pasando esa y antes de llegar á Villafranca, se eleva en la pequeña bahía que forma una brusca cortadura de la costa, un hotelito pintado de blanco y rosa que baña en el agua azul su terraza cubierta de naranjos y mimosas. Algunos pinos de tronco color rojo y ancho ramaje, enebros de azul oscuro, negras tuyas, crecen sobre la pendiente entre los grupos de rocas, en medio de las malezas, convirtiendo en bosque salvaje este vallecillo tranquilo, aislado y silencioso. Un puertecito, garantido naturalmente por un muelle de arrefices, sobre los cuales se rompen las olas formando torbellinos de espuma, contiene dos lanchas de paseo, inmóviles en las aguas tranquilas y transparentes, y á las cuales las hierbas del fondo dan un color verde esmeralda. La tierra roja absorbe el sol y calienta la atmósfera de este rincón abrigado donde reina todo el día la temperatura de una estufa. Por la tarde el aire es vivo y lleno de exquisitos perfumes exhalados por los árboles de hojas imperecederas y las plantas de flores sin cesar renovadas.